



EL JARDÍN DE LA PRIMAVERA

Tomoka Shibasaki

Divorciado y distanciado de su familia, Taro vive solo en uno de los pocos apartamentos ocupados de su edificio, que pronto será demolido. Aunque desde la muerte de su padre se ha vuelto muy reservado, mantiene una inusual relación con su vecina nishi, quien acabará contagiándole su pasión por la casa azul celeste que hay en su misma calle. Esta casa se convertirá en un símbolo para ambos de lo que han perdido, de todo lo que les ha sido arrebatado, pero también un último vestigio de esperanza, de aquello que les puede reparar el futuro si se atreven a enfrentarse a sus fantasmas.

A mis padres

La mujer había asomado la cabeza sobre la barandilla de la terraza como si estuviera observando algo. Tenía las manos apoyadas en la barra y el cuello estirado.

Taro mantuvo la mano en la ventana sin terminar de cerrarla y se fijó en ella. La mujer no se movió. El sol se reflejaba en el cristal de sus gafas de montura negra y Taro no podía saber qué estaba mirando exactamente, pero tenía la vista al frente, hacia la casa de la propietaria de su edificio que se hallaba al otro lado del muro de cemento.

Visto desde arriba, el edificio de apartamentos tenía forma de ele. El de Taro estaba en la planta baja del tramo corto de la ele. La mujer de la terraza, cuyo apartamento estaba en el otro extremo, se había colado en su visión cuando estaba a punto de cerrar la ventana que daba al patio, un espacio indefinido de tres metros cuadrados donde las malas hierbas crecían entre los ladrillos de hormigón. Estaba prohibido entrar en él. Con la llegada de la primavera, la hiedra había crecido sobre el muro de cemento que separaba el edificio de apartamentos de la casa de la propietaria. Justo al otro lado había un arce y un ciruelo cuyas ramas, demasiado largas porque nadie las podaba, habían crecido por encima del muro. Detrás de los árboles había una casa de madera de dos plantas, bastante antigua. Como siempre, no parecía haber nadie en ella.

Taro volvió a mirar a la mujer. Seguía en el mismo sitio. Desde su piso en la planta baja apenas veía el tejado de la casa de madera, pues el muro obstaculizaba su visión, pero desde arriba podría verse la casa entera e incluso el jardín. Pero ¿qué sería tan interesante? La casa, que tenía las paredes de madera oscura y cuyo tejado era una chapa de me-

tal pintada de rojo, estaba muy deteriorada. Ya había pasado un año desde que la propietaria, una señora mayor, ingresó en la residencia. Antes, la había visto muchas veces barriendo la entrada de su casa y le había parecido que tenía buen aspecto, aunque decían que ya tenía ochenta y seis años. Aquella información le había llegado a través de la agencia inmobiliaria.

Sobre el tejado solo había cielo. Había hecho buen tiempo durante toda la mañana pero estaban apareciendo nubes, una masa blanca que parecía de verano aunque era mayo. Cuando se fijó en la parte más alta del cúmulo, recordó que ese tipo de nubosidad medía miles de metros. El contraste del blanco de las nubes con el azul profundo del cielo era tan fuerte que le dolieron las cuencas de los ojos.

Mientras observaba las nubes, Taro se imaginó caminando sobre ellas, como siempre. Después de andar durante mucho, mucho tiempo, finalmente llegaría al lugar donde terminaban las nubes. Entonces colocaría las manos en el borde y miraría hacia abajo para ver la ciudad. Aunque estaría a miles de metros de altura, se verían claramente las callejuelas y los tejados de las casas pegadas unas a otras. Los automóviles de la calzada le parecerían bichos extremadamente pequeños. Una avioneta cruzaría la ciudad volando por debajo de él. Sería como el escenario de una serie de animación. Debajo del cristal y el fuselaje, la cabina del piloto estaría vacía. No se oiría ningún ruido, no solo de la avioneta sino de ninguna otra cosa. Entonces se levantaría, despacio, y se golpearía la cabeza contra el techo del cielo. No habría nadie más.

Aquella imagen había frecuentado su mente desde que era pequeño. Miró la terraza y vio algo blanco que no había visto antes.

«¿Cuándo ha ido a buscarlo? —pensó. La mujer había apoyado un cuaderno de dibujo encima de la barandilla—. ¿Estará dibujando los árboles o algo así? La terraza está

orientada hacia el sur y tiene un tejadillo pequeño. En este momento son las dos de la tarde: ¿no hay demasiada luz para dibujar?».

La mujer asomaba el cuerpo de vez en cuando sobre la barandilla y fue entonces cuando pudo verle la cara. Llevaba unas gafas de montura negra y tenía el pelo liso y negro, ni corto ni largo. Se había instalado en el apartamento en febrero. La había visto en la puerta del edificio en algunas ocasiones y parecía tener poco más de treinta años, más o menos su edad. Era bajita y vestía siempre con ropa muy parecida: una camiseta o una sudadera. Estiró el cuello y su cabeza apareció detrás del cuaderno, mirando en su dirección. En ese momento, Taro se dio cuenta de que no estaba mirando la casa de la propietaria sino la vivienda contigua, una casa azul celeste.

Piiiiiiii. Piiiiiiii. Un pájaro pio de repente y se escuchó un susurro de hojas. Las miradas de Taro y de la mujer se cruzaron. Antes de que él apartara la mirada, ella tomó su cuaderno y entró. Cerró la terraza y no volvió a aparecer.

* * *

Cuando Taro regresó a casa el miércoles por la noche, la vecina del primero estaba en las escaleras exteriores. No era la mujer de la terraza, sino la que vivía en el apartamento de al lado. Llevaba instalada allí bastante tiempo y parecía mayor que la madre de Taro. El *View Palace Saeki III*, el edificio donde vivían, tenía cuatro apartamentos en cada planta que no estaban señalizados por números sino por los signos del zodiaco chino. Desde la entrada principal, empezando por el apartamento de Taro y siguiendo hacia la derecha, los signos seguían este orden: jabalí, perro, gallo y mono; en la planta de arriba: cabra, toro, serpiente y dragón. En aquella época, mucha gente prefería no poner su nombre en el buzón, de forma que casi nadie sabía có-

mo se llamaban sus vecinos. Para Taro, esta era la Mujer Serpiente. Era simpática y siempre saludaba.

La Mujer Serpiente bajó cuando vio a Taro parado ante su puerta. Solía llevar el pelo recogido en la coronilla y se vestía de forma estrafalaria con prendas que parecían hechas con retales de kimonos. Aquella noche llevaba unos pantalones con dibujitos de tortugas y una camiseta negra.

—Oye, ¿has perdido una llave? —le preguntó.

—¿Una llave? —repitió Taro. La Mujer Serpiente le puso una llave delante de la cara—. Sí, es mía —contestó al ver el llavero con forma de seta.

—La he encontrado esta mañana, estaba aquí mismo. Pero veo que tienes otra.

—Es la llave que tenía en la oficina. Pensé que me había dejado la otra en casa. Muchas gracias.

—Menos mal. Me preocupaba que te pareciera raro que una señora mayor como yo apareciera con tu llave... No te la he robado, te lo juro. Estaba en el suelo.

—No te preocupes. ¡Muchas gracias!

La Mujer Serpiente se acercó a Taro y le entregó la llave. Era tan bajita que le llegaba a la altura del pecho. Alzó la cabeza y le preguntó:

—Entonces, ¿hoy no has podido trabajar?

—Sí, sí. No soy el único en la oficina. Hay más gente.

—Ah, sí. Claro que sí. Qué tonta soy. Perdóname.

—Tranquila.

Taro recordó que llevaba unas sardinas en salazón en la bolsa. Un compañero se las había traído de un viaje, pero a él no le gustaba demasiado el pescado en salazón.

—Si te gustan, quédatelas. No es nada. Solo un detalle.

La Mujer Serpiente se puso muy contenta y le contó que le encantaba el pescado así. De hecho, se alegró tanto que Taro se sintió incómodo. Después de darle las gracias de nuevo, subió las escaleras dando saltitos.

Taro miró la llave que le había dado la Mujer Serpiente. Había conseguido el llavero de seta en una de esas máqui-

nas que escupen un huevo de plástico con una sorpresa dentro. Era una seta *shimeji*. Recordó que, en el llavero, también llevaba una *eryngii*. Había colgado esas llamativas figuras para no perder la llave. Pensó que la seta *eryngii* debía haberse soltado, pero no estaba ni el cordón ni el aro metálico que la sujetaba al llavero. Mientras calentaba la cena en el microondas (el plato combinado de carne asada que había comprado en el supermercado), pensó que lo mejor sería ponerle un cascabel. Se abrió también una lata de cerveza.

* * *

Salió a recoger una toalla que tenía tendida en la terraza y aprovechó para mirar la terraza del apartamento del Dragón. Había luz. Hacía tres días que no la veía.

Numazu, el compañero que le había regalado las sardinas en salazón, había pasado el martes en Okayama por trabajo. El lunes siguiente se tomó unos días para ir a Kushiro, donde estaba la casa de sus suegros. Se había casado el mes anterior. Su mujer era hija única y su apellido no era muy común; por ese motivo, Numazu lo adoptó tras la boda. Algunos compañeros seguían llamándolo por su apellido de siempre, pero a Numazu le gustaba tanto el nuevo que incluso había cambiado sus tarjetas de visita. Taro todavía no se había acostumbrado al nuevo apellido, así que seguía llamándolo Numazu.

Durante el almuerzo, después de repartir las sardinas y el salmón marinado entre los compañeros, Numazu le comentó que, aunque no le importaba cambiar de apellido, estaba preocupado por la ubicación de su lápida. Los padres de Numazu vivían cerca del puerto de Shizuoka y siempre había imaginado que terminaría enterrado en el cementerio de aquel templo, rodeado de un desnivelado prado lleno de mandarinos. Como allí daba el sol todo el día, cuando visitó el cementerio donde estaba la familia de

su mujer, en un bosque donde en invierno hacía un frío extremo, se sintió triste. Le preguntó a Taro si creía que su mujer aceptaría que la enterraran en la tumba de su familia. También le preguntó si ella no se sentiría incómoda entre tanta gente desconocida.

Taro pensó un momento antes de contestar.

—Creo que hoy en día hay más opciones. No es necesario que te entierren entre los árboles del bosque. Cuando mi padre falleció, lanzamos una parte de sus cenizas al aire.

—Entonces me gustaría que me enterrasen en el jardín de la casa de mis padres. Es que ahí está mi perro. Se llamaba Guepardo. Me encantaría estar a su lado.

A continuación le hizo un resumen en cinco minutos de los once años de vida de su perro, un animal enorme que había recogido su hermano, que parecía un guepardo y al que le encantaban los restos de pollo. Era muy pesado y lo seguía todos los días hasta el colegio. Cuando envejeció, tuvo problemas en la cadera y ya no podía pasear, pero vivió una buena vida. Era tan grande que costó enterrarlo. Mientras se lo contaba, de vez en cuando le brillaban los ojos.

—Como no pueden lanzarse los huesos tal cual, pues podría considerarse un delito de abandono de cadáver, los que quedaron tras la cremación tuvimos que machacarlos muy bien hasta convertirlos en polvo.

—Pero ¿lo hiciste tú? —le preguntó Numazu.

—Sí. Me costó bastante porque los huesos son muy duros.

—¿Incluso si están quemados? Pensaba que serían frágiles y fáciles de triturar.

Los huesos del padre de Taro eran duros; ni siquiera tuvo nunca una caries. Hacía casi diez años de aquello. Eso significaba que ya llevaba casi diez años viviendo en Tokio.

Se había llevado de casa de sus padres la maja y el mortero, del tamaño de un cuenco de arroz, que utilizó para triturar los huesos. Todavía los conservaba. Los tres años que

estuvo casado con su mujer, los había tenido guardados en el fondo de un armario de la cocina. Como no quería usarlos por equivocación, su mujer insistía en que los guardara en otro lugar, pero Taro no le hacía caso. Eran importantes para él y le preocupaba perderlos. Además, creía que si no los tenía cerca y visibles se olvidaría de la muerte de su padre. De hecho, de vez en cuando pensaba que se había olvidado de su padre y de su muerte.

—No sé qué hacer. Si tardo en decidirme, podría ser demasiado tarde. En Kushiro hace mucho frío, ¿sabes? Puf. No me gusta nada el frío —insistió Numazu.

Taro estaba a punto de decirle que muerto no se siente frío cuando se dio cuenta de que Numazu no estaba hablándole a él; estaba pensando en voz alta, sin esperar ninguna respuesta. En la oficina, que en realidad era un piso, había dos compañeros más que debían estar escuchándolo aunque ninguno quiso meterse en la conversación.

Taro guardó el salmón marinado que Numazu le había traído de Kushiro en un armario que realmente era una librería. Miró el fondo de la tercera balda, donde estaban los vasos y las tazas. Allí estaban el mortero y la maja que compró en una ferretería dos días después del funeral de su padre. Fue un error elegir un mortero con surcos, ya que el polvo se había acumulado en ellos y le daba apuro limpiarlos con agua. En sus líneas, que parecían haber sido grabadas con la ayuda de un peine, todavía quedaba polvo blanco. No se veía a simple vista, pero tenía que estar ahí. Habían repartido los huesos de su padre entre la tumba del pueblo y el altar que tenía su madre. Además, otra parte la habían esparcido en la orilla de un cabo de Ehime donde su padre solía ir a pescar. El viento y las olas se la llevaron. ¿De qué parte del cuerpo de su padre serían aquellas partículas? ¿Realmente había estado en su interior aquella cosa blanca y dura? ¿Y gracias a ella caminaba y se sentaba? Cuando estaba en primaria, chocó contra una barra de hierro. Sus compañeros le dijeron que se le veía el hueso de la

frente. La única persona que no pudo verlo era él mismo, y todavía lo recordaba.

La lata de cerveza estaba demasiado fría. Últimamente, la nevera que había comprado de segunda mano hacía ruidos raros.

* * *

El viernes a primera hora de la mañana, cuando Taro abrió la puerta para irse a trabajar, se cruzó con la mujer del apartamento del Dragón. Ella no se percató de la presencia de Taro, que tenía la puerta entreabierta, y siguió caminando mirando al frente. Iba en sentido contrario a la estación. Taro, sin saber en qué estaba pensando, echó a caminar en su misma dirección.

La mujer pasó despacio por delante de una casa que estaba rodeada de muros de cemento como si se tratase de una caja acorazada. Entonces giró a la derecha. Cuando desapareció, Taro avanzó hasta la esquina. Al parecer, la casa acorazada tenía un patio al que daba solo una pequeña ventana. Había visto alguna vez un todoterreno inglés saliendo del garaje, que en ese momento estaba cerrado, pero nunca había visto a ninguna persona. Taro se detuvo en la esquina y miró en la dirección en la que se había marchado la mujer.

La mujer estaba delante de la casa azul celeste, junto a la casa acorazada. Intentaba mirar por encima del muro, aunque era bajita. Estiró el cuello, se contoneó hacia ambos lados y continuó andando sin dejar de mirar la casa. Llevaba una camisa arrugada, pantalones de chándal, sus gafas y una gorra de lana cubriendo su cabello despeinado. Su aspecto era bastante estafalario y no parecía imaginar que alguien la estuviera observando. Siguió caminando a lo largo del muro y giró a la derecha.

La casa celeste era un llamativo edificio de estilo occidental. El laminado horizontal de la fachada estaba pintado

de azul claro. El tejado, de color ladrillo, tenía forma de pirámide aplastada. Su vértice estaba decorado con una lanza.

La yesería de los muros blancos que rodeaban la casa simulaba escamas. Desde la calle, solo se veía la parte superior del edificio. En la planta de arriba había un balcón a la izquierda y dos pequeñas ventanas batientes a la derecha. Los marcos de las ventanas estaban pintados del mismo color que el tejado.

La verja de entrada era de forja negra y estaba decorada con picas. Junto a la puerta de entrada se veía una ventana de vidriera con motivos vegetales. Taro no tenía mucha idea de plantas, pero parecían lirios o azucenas. Los vidrios mezclaban azul de ultramar, verde y amarillo. Como desde su apartamento se veía el lado opuesto de la entrada, sabía que también tenía una pequeña vidriera con una libélula roja.

Le recordaba a las exóticas casas de Kobe que había visitado en una excursión cuando estaba en secundaria, aunque la casa azul celeste no era tan llamativa. A primera vista, parecía un edificio señorial muy antiguo. Después de mirar con atención, no pudo evitar pensar que cada elemento de la casa (el tejado, las paredes, las vidrieras, la valla, la puerta o las ventanas) había sido recogido de un lugar diferente.

A la derecha de la puerta había una placa de cristal con un apellido grabado: «Morio». La casa llevaba un año vacía. ¿Cuándo habían llegado aquellos nuevos inquilinos? Junto a la entrada había una bicicleta pequeña y un triciclo. Al otro lado, más allá de la valla, había un garaje para dos coches ocupado por un pequeño automóvil azul, celeste como la casa.

El jardín abarcaba una tercera parte del terreno. Estaba en el lado más alejado del apartamento de Taro, así que no se veía desde su habitación. Al otro lado de la valla, en la esquina, había un árbol de Júpiter. Hasta Taro lo reconoció.

Tenía el tronco pulido y le faltaba la corteza en algunas partes. Un poco más allá había dos árboles de hoja caduca, uno mediano y otro pequeño. Aunque no creía haber pasado antes por delante de la casa, le sonaba que el árbol de Júpiter tenía flores de color púrpura, que el árbol mediano era un ciruelo blanco y que el pequeño florecía como los cerezos.

Taro se detuvo debajo del árbol de Júpiter y miró hacia la derecha, la dirección en la que la mujer había girado. Estaba a punto de doblar a la derecha en la siguiente esquina, que estaba a más de treinta metros. Si giraba a la derecha una vez, dos veces y una tercera, regresaría al apartamento.

El apartamento de Taro estaba en una manzana rodeada de callejuelas de un solo sentido. Había cuatro edificios en la manzana y cada uno de ellos ocupaba una cuarta parte de la misma. Desde una vista aérea, en un plano, el edificio de apartamentos estaría arriba a la izquierda; a su lado, la casa acorazada ocuparía todo el terreno restante; debajo se encontraría la casa azul celeste con sus dos plantas de estilo occidental; y a su izquierda estaría la vieja casa de madera de la propietaria.

Parecía que la mujer iba a darle la vuelta entera a la manzana.

Tras confirmar que había girado a la derecha, Taro también dobló la esquina del árbol de Júpiter. Miró la casa azul celeste. Tanto la puerta del balcón como las ventanas tenían estores blancos. En el balcón no se veía ropa ni tendedero.

Cuando llegó a la puerta de la casa de la propietaria, Taro miró en la dirección que había tomado la mujer y, tal como imaginaba, la vio entrar en su edificio de apartamentos. Delante de la casa había una furgoneta pequeña aparcada; en el lateral decía: SERVICIOS — CENTRO DE DÍA.

«¿Ha regresado la propietaria? —pensó—. ¿Le habrá pasado algo?». Se detuvo allí un rato pero no sucedía nada

así que en lugar de girar la esquina continuó recto hacia la estación.

* * *

Volvió a ver a la mujer el sábado después del atardecer. Aunque llovía, el vecino del apartamento contiguo al del Jabalí estaba de mudanza. Como el edificio era de madera, el ruido no dejó que Taro durmiera la siesta. Cuando la mudanza terminó y todo quedó tranquilo, Taro se quedó adormecido en el suelo de tatami. Entonces sonó el timbre.

Aunque podía oír la voz a través de la ventana de la cocina, pues daba al descansillo del apartamento, descolgó el telefonillo instalado en su habitación.

—Soy la vecina de arriba.

Era la Mujer Serpiente.

Abrió la puerta y descubrió que iba acompañada de otra mujer: la vecina de la Mujer Serpiente, la mujer del apartamento del Dragón.

—¡Hola! Buenas noches.

Su sonrisa y su voz alegre lo hicieron sentirse cohibido. Llevaba las gafas de montura negra, como siempre, y no estaba maquillada pero se había peinado. Iba mejor vestida, con una camisa blanca y una rebeca azul marino a juego con unos pantalones del mismo color.

—Gracias por las sardinas, fue un detalle —le dijo la Mujer Serpiente, obligándolo a aceptar una caja envuelta en papel floreado.

Mientras tanto, la Mujer Dragón se mantuvo en silencio, mirando el suelo con una sonrisa. Al ver a las mujeres tan bajitas, casi de la misma altura, Taro pensó que se parecían. Un momento después se acordó de un cuento antiguo sobre unas pequeñas estatuas de piedra que iban a visitar a alguien para mostrarle su agradecimiento. La Mujer Serpiente miró a Taro y después a la Mujer Dragón.

—Mirad, ya solo quedamos cuatro en la comunidad. Vamos a ayudarnos unos a otros, ¿no?

En marzo, un empleado de la inmobiliaria le contó que el hijo de la propietaria había heredado los apartamentos *View Palace Saeki III* y había decidido derruir el edificio. Por lo tanto, tendría que marcharse antes de que terminara su contrato de alquiler. Aunque era un edificio antiguo, estaba pintado de color crema y no parecía tan viejo. Además, tanto las instalaciones como las tuberías funcionaban perfectamente. A Taro le daba pena que derribaran un edificio que era más joven que él.

Taro había llegado hacía tres años y renovó el contrato el julio anterior. Por tanto, su contrato terminaría en el mes de julio del año siguiente.

Por lo visto, a los inquilinos que pagaban el alquiler estándar les estaban entregando una indemnización por el desalojo. Antes del puente de mayo se habían marchado los ocupantes de los apartamentos del Toro, de la Cebra y del Gallo. El cuarentón del apartamento del Perro, que llevaba gafas con montura de acero y siempre parecía malhumorado, le comentó un día en el pasillo que, si se resistían a marcharse, tal vez les pagarían una indemnización mayor. Sin embargo, él se había marchado de repente; ni siquiera se despidió de Taro. En el apartamento del Mono vivía una pareja joven que nunca saludaba y a los que solía oír discutir.

—Ah, tengo otro envase de pescado, ¿lo quieres?

Taro trajo de la cocina el salmón marinado pero no sabía a cuál de las dos mujeres dárselo.

—A mí me dio uno el otro día, quédate tú con este —dijo la Mujer Serpiente.

—¡Muchas gracias! Me encanta. Va muy bien con el sake, ¿verdad?

El suelo húmedo de cemento absorbió la voz divertida de la Mujer Dragón.